

APARICIÓN EN EL CENÁCULO [304 – 305]

2026

Contemplación (día 48)

Seguimos contemplando, como bien sabemos, en la Cuarta Semana, la Resurrección del Señor y pidiendo, como nos trae San Ignacio en el número [221]:

[221] 3° preámbulo. El tercero: demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor.

Queremos alegrarnos. La alegría que brota ante la Resurrección, la alegría que brota de nuestra fe, es la alegría más verdadera, más cierta, más profunda, aunque también es una alegría que hay que conquistarla, pedirla, porque naturalmente puede haber cosas, momentos, situaciones que nos lleven a la tristeza y a veces es más fácil justamente dejarnos llevar por la tristeza. Y es ahí donde tenemos que aplicar nuestra fe y luchar contra esa tristeza, que la única tristeza buena es la tristeza por el pecado, y tener cuidado incluso porque a veces ese pecado, esa tristeza del pecado, puede usarla el demonio para exagerarla y que nos haga daño y que terminemos con desolación y demás. Pero la santa tristeza por el pecado es una cosa muy buena.

Pero fuera de esa tristeza por el pecado y por la Pasión de Cristo, que están muy unidos, después las tristezas realmente pueden hacernos mucho daño y hay que luchar contra ellas, hay que buscar esa alegría propia de la fe que tenemos, y en este caso de la fe en la Resurrección.

San Alberto Hurtado¹ va a decir:

Los peces del océano viven en agua salada y a pesar del medio salado, tenemos que echarles sal cuando los comemos: se conservan insípidos, sosos. Así podemos vivir en la alegría de la resurrección sin empaparnos de ella: sosos. Debemos empaparnos, pues, en la resurrección. El mensaje de la resurrección es alentador, porque es el triunfo completo de la bondad de Cristo.

Para comprender el papel de un elemento supongamos que eso falta (para saber lo que es el sol, supongamos que no existe: frío y muerte). ¿Qué sería nuestra Iglesia si no hubiera Resurrección? Si terminara el mensaje en el Viernes Santo: Siempre de luto, ¡¡y la duda y el temor del futuro!! Y todos en penitencia desesperante. ... Porque conocemos bien este misterio, —de la resurrección—, no lo apreciamos bastante.

No hay que desesperar: los lazos entre el Salvador y los hombres no han sido rotos. Por eso, se presenta tan luego a Pedro, no para decirle que obró mal, sino para decirle que sigue siendo jefe del Colegio Apostólico y pie del angular de la Iglesia...

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*.

Pues bien, esta alegría es propia de la Pascua, (para los que están haciendo Ejercicios en esta primera tanda de este año, incluso estos días son de Pascueta, como una completa Pascua, de domingo a domingo, una solemnidad, una Octava).

Alegrémonos con el Señor, alegrémonos con su Victoria que es también la nuestra, como sus Dolores fueron y son también los nuestros.

Vamos a tres apariciones. Entre medio de esas va a estar la de mañana, la de Emaús. Hoy vamos a ver las apariciones en el Cenáculo.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

La historia:

Los textos están en el Evangelio de San Lucas 24, 36-45. San Ignacio trae estas apariciones en los números [304] y [305] de los Ejercicios.

[304] DE LA 6ª APARICIÓN, JOAN, CAPÍTULO 20, 19-23.

1º Primero: los discípulos estaban congregados (*por el miedo de los judíos*), excepto Sancto Thomás.

2º 2º: se les apareció Jesús estando las puertas cerradas, y estando en medio dellos dice: (*Paz con vosotros*).

3º 3º: dales el Espíritu Sancto diciéndoles: (*Recibid el Espíritu Sancto: a aquellos que perdonáredes los peccados, les serán perdonados*).

[305] DE LA 7ª APARICIÓN, JOAN, 20, 24-29.

1º Primero: Sancto Thomás, incrédulo, porque era absente de la aparición precedente, dice: (*Si no lo viere, no lo creeré*).

2º 2º: se les aparece Jesús desde ahí a ocho días, estando cerradas las puertas, y dice a Sancto Thomás: (*Mete aquí tu dedo, y vee la verdad, y no quieras ser incrédulo, sino fiel*).

3º 3º: Sancto Thomás creyó diciendo: (*Señor mío y Dios mío*), al qual dice Christo: (*Bienaventurados son los que no vieron y creyeron*).

Composición de lugar:

Aquí tenemos que tratar de meternos en ese lugar, en el Cenáculo, ver a los apóstoles llenos de miedo. La Virgen no tenía miedo, la Virgen estaba en una situación muy distinta, ya había visto al Señor y además Ella tenía mucha más fe, pero ellos sí estaban muy temerosos, qué iba a pasar con ellos.

Después de la Muerte del Señor, ellos quedaron con miedo de que les pasara lo mismo, incertidumbres y demás.

Se aparece el Señor entonces por primera vez ese domingo, traspasa las puertas; sabemos que tenía el Señor un Cuerpo Resucitado, pero con unos dotes muy especiales, porque Jesús resucitó para no morir más, no como Lázaro que fue resucitado por Jesús para seguir con su vida.

PUNTOS

Pongámonos ahí en esa situación, metámonos en esa historia, tratemos de estar ahí como [114] «**esclavito indigno**», y veamos entonces cómo es esto de que se aparece el Señor, qué les dice, cómo reaccionan y tratemos en lo posible de aplicarlo en nuestra vida.

APARICIÓN A LOS APÓSTOLES

Entra el Señor, y los saluda con un saludo que Monseñor Fulton Sheen va a decir:

Solamente a un Dios hecho hombre se le puede ocurrir saludar así, porque los saluda: «Paz a vosotros». Cualquiera hubiera dicho «Muchachos, ¡qué vergüenza!»

¡Porque lo habían dejado solo!, habían compartido tres años, eran amigos íntimos, era su maestro, su Señor. Jesús les había mostrado su poder muchas veces, había profetizado que moriría y todo y, llegado el momento: No. Sin embargo, el Señor actúa no como un hombre cualquiera, actúa como el Verbo Encarnado, como Dios hecho hombre, y los saluda exactamente así: «*Pax a vosotros*». Una vez, otra vez: «Eirēnē hymin», «Pax vobis», en griego y en latín. El Señor quiere que estemos en paz.

Otra vez las Reglas de Discernimiento, otra vez todo lo que tenemos que considerar acerca de nuestras desolaciones, cómo tenemos que lucharlas, cómo tenemos que discernirlas. No voy a repetir cosas que ya hemos visto.

Aquí nos toca más como contemplar a Jesús diciéndome: «Eirēnē hymin»: «*Pax a vosotros*». Él me está invitando a tener paz; y si nos falta la paz, la grandísima mayoría de las veces es por algún problema de discernimiento.

Lo que buscamos aquí entonces, en todo este momento justamente de la cuarta semana —pero tiene que quedar para nuestra vida— es lo que está en la petición: es alegrarnos y gozarnos intensamente de esa alegría del Señor. Esa alegría no puede venir sin la paz, ¡es imposible!, por eso la paz es muy parecida a la alegría que estamos buscando.

Meternos en la historia entonces.

«Por qué os turbáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo». (Lc 24, 38-39). «Tocadme y ved». Eso aplicarlo en nuestra vida.

¿Quién no tiene problemas, cruces, etc?. El Señor me dice: «¿De qué dudáis? Aquí estoy, no estás solo. Yo estoy contigo, estaré contigo hasta el fin de los tiempos, no me he olvidado de ti, tengo contados hasta el último cabello de tu cabeza». Como la Virgen María que al indiecito Juan Diego le decía: «No estoy aquí yo que soy tu Madre?».

Pensemos, metámonos entonces en nuestro diario vivir y tratemos de aplicarlo así. El Señor se me aparece (no hace falta que se aparezca de hecho, sino que la fe me lo enseña),

y dice esas palabras: «No te turbes, estate en paz, esta cruz es para la Gloria de Dios, para tu bien, por ti resucité. Soy Yo». Me dice el Señor: «Aquí estoy en esta circunstancia, en esta persona que te ayuda, en esta consolación. No te dejes». Tratemos de aplicarlo en nuestra vida lo mejor que podamos.

Los Apóstoles estaban tan felices que no sabían ni qué decirse, no podían hablar. El Señor muestra sus Manos, su Costado, y repite otra vez: «*Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío*». (Jn 20, 21). Sopla sobre ellos.

Ahí está todo el tema de la Confesión: «*A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos*». (Jn 20, 23). La grandeza de la Confesión.

Hoy visitábamos aquí en Nueva York, donde me encuentro, las reliquias del cuerpo de Santa Francisca Javiera Cabrini, donde está la siguiente frase:

Adquirió el hábito de confesarse con frecuencia para mantener sana su relación con Dios. «Qué difícil martirio de ansiedad sería mi vida sin este medio de salvación!», exclamó.

APARICIÓN A SANTO TOMÁS APÓSTOL

El Señor instituye la Confesión con esta frasecita, con su poder.

Sabemos que falta uno, falta Tomás, el apóstol, el más melancólico de todos, según cuentan de su personalidad. Él no estaba; había estado llorando por ahí. ¡Imagínense la alegría! ¡Imagínense lo que le dirían: «Se apareció el Señor!»! ¡Cómo habrá cambiado todo para ellos! Hay que meterse en la historia y es bastante obvio todo; pero hay que aplicar a nuestra vida.

Tomás no les cree. ¡Cómo la tristeza, además con un poco de juicio propio seguramente, hace no aceptar lo evidente! Todos le están diciendo eso y él no cree. Es cierto que una resurrección no pasa todos los días...

Así es que el Señor se digna de aparecerse de nuevo, otra vez las puertas cerradas — porque él había dicho: «*Si no veo los huesos en las manos del Señor*»²— y otra vez el Señor aparece, lo saluda de la misma manera y tiene esa dignación, de que su incredulidad nos ayuda a nosotros, a nuestra fe.

Dice Monseñor Fulton Sheen: «En una sola y ardiente exclamación»; esto es «*Señor mío, Dios mío*». Porque le dice: «*Ven, toca mis manos, mete tu mano en mi costado y desde ahora no seas incrédulo, sino fiel*». «*Señor mío, Dios mío*». Verdad tan importante para nuestra fe y que no siempre se acepta, lamentablemente aún en ámbitos católicos y demás no siempre se afirma con toda la fuerza, con toda la verdad, que Jesucristo es Dios: Señor mío y Dios mío.

Santo Tomás va a decir que el hombre, nosotros, tenemos que humillarnos ante Dios, no solamente ante su Divinidad directamente, sino también ante su humanidad, también ante Dios hecho hombre, porque es Dios justamente, y justamente por eso también se hizo hombre para hacernos humildes. Y es lo que no pudieron hacer los fariseos, ¡lo mataron!: «¿Quién se cree éste que está acá? No estudió, no es uno de los nuestros, ¿quién se cree

² cf. Jn 20, 24.

que es? ¡Listo! Lo sacamos de escena». La imposibilidad absoluta de una mínima humillación, envidia, celos.

Nosotros entonces ante Jesús, Dios hecho hombre, ¿nos humillamos?, ¿lo adoramos? Como el ciego: «¿Quién es? ¿El Mesías? ¿Quién es? ¿El Señor?»: «Soy yo». Lo adoró. Entonces aquí, repetimos, Monseñor Fulton Sheen dice:

En una sola y ardiente exclamación, Tomás recogió todas las dudas de una humanidad abatida para curarse repentinamente de ella, mediante todo lo que significa aquella sencilla y sublime exclamación: «Señor mío y Dios mío».

Detenernos ahí, como siempre decimos, en la parte que vean que es de mayor provecho, no tener miedo de dedicar tiempo a lo que puedan considerar, donde el Espíritu Santo les está diciendo más y quiere que saquen más fruto. Estamos acá tratando de justamente penetrar el misterio y alegrarnos de esta alegría, del triunfo del Señor, de su compañía, y que estará con nosotros, porque así lo ha prometido y porque tenemos fe en su Resurrección, estará con nosotros hasta el fin de los tiempos.

APARICIÓN A SAN PEDRO

Podemos también considerar otra aparición del Señor; en este caso, la aparición de Jesús a Pedro; pero lo vamos a hacer en dos partes.

Después de que vuelven los apóstoles de Emaús —no lo vamos a tratar ahora, porque se tratará mañana— les dicen: «*se ha aparecido a Simón*» (**Lc 24, 34**). No tenemos más que esa frase de la primera aparición de Jesús a Pedro; pero nos podemos retrotraer a otra aparición que está después, y es cuando el Señor se aparece a orillas del Lago y tiene ese diálogo hermosísimo que nos puede servir a nosotros muchísimo, porque en definitiva nos enseña a entender más profundamente cómo perdona Jesús, cómo perdona Dios en Jesús o por Jesús. Jesús es Dios, ¡cómo nos perdona!, ¡cómo perdonó a Pedro!

Podemos buscar este pasaje de las «Negaciones de Pedro» en **Mc 14, 66-72**.

Y ver ese diálogo hermosísimo, ya lo hemos comentado otras veces, pero realmente es tan hermoso ese comentario que hace Papa Benedicto XVI³, ese diálogo donde Pedro escucha al Señor tres veces: «*Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?*». (**Jn 21, 15-17**) Pedro, que había dicho de manera soberbia: «Aunque todos te dejaran, yo no, Señor»⁴.

El Señor ahora le pregunta: «*¿me amas más que éstos?*» «¿Tú qué te las dabas de qué...?». El Señor, como sabemos, usa un verbo «agapáo»⁵ en griego, o sea al menos en ese idioma está inspirada la Escritura, no sabemos en hebreo o en arameo qué palabra usó el Señor, pero la Escritura está en griego, es Palabra de Dios, así que nos explica perfectamente qué habrá dicho el Señor (o sea, lo que dijo en otro idioma, porque probablemente no hablaban en griego entre ellos), pero «agapáo», es un verbo que implica un «agapâs-me», ¿me amas de una manera perfecta?; y Pedro le dice: «No»; más bien le dice: «*Sí, Señor, tú sabes que te*

³ <https://verbo.vozcatolica.com/pedro-me-amas/>

⁴ Cf. Mt 26, 33.

⁵ Amor sin reservas, total e incondicional.

quiero: «*Filéo*»⁶. En ese momento, el amor que él tenía era un amor humilde, humano, que podía fallar. Era el amor que había experimentado justamente porque lo había engañado, no había dado la cara por Él.

El Señor vuelve a preguntar, y ya baja un poquito la intensidad de la exigencia: «*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*». No le dice más que esto: ¿«*agapas me?*»? Pero sigue usando ese verbo, y Pedro otra vez: «Señor, te quiero, “*filéo*”, *tú sabes que te quiero*».

Una vez más: «*Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?*», dirá el Señor. El Papa Benedicto XVI dice que entristece Pedro sobre todo porque el Señor tiene como que adaptarse a la pequeñez de Pedro. Entonces, Pedro dice: «*Señor... tú sabes que te quiero*». Triste porque Jesús tuvo que aceptar su nada; pero es esa nada la que hace de Pedro, San Pedro. Ese Pedro soberbio no iba a ser santo si no se humillaba.

Dice el Papa Benedicto XVI⁷:

La escuela de la fe no es una marcha triunfal, sino un camino salpicado de sufrimientos y de amor, de pruebas y de fidelidad que hay que renovar todos los días. Pedro, que había prometido fidelidad absoluta, experimenta la amargura y la humillación de haber negado a Cristo; el jactancioso aprende, a costa suya, la humildad. También Pedro tiene que aprender que es débil y necesita perdón. Cuando finalmente se le cae la máscara y entiende la verdad de su corazón débil de pecador creyente, estalla en un llanto de arrepentimiento liberador. Tras ese llanto ya está preparado para su misión.

Ese fue el llanto que le permite estar preparado para la misión y que hace que este diálogo sea un diálogo perfecto, donde él dice: «Señor, yo no soy un santo; es decir, soy un débil pecador, pero ese pequeño amor que tengo te lo entrego».

Es lo que tenemos que hacer nosotros, ya sea porque llegamos por vía inmaculada como algunos santos a conocer nuestra nada, ya sea por el pecado que hemos cometido —nos pasa a la mayoría también— pero como sea tenemos que llegar a decir eso: «Señor, yo te he negado, yo soy muy débil, y ahora sé que soy más débil de lo que creía».

Ahora quizás, que sabemos por gracia de Dios que somos más débiles de lo que antes creíamos, pero probablemente seamos más débiles todavía; pero hay que llegar ahí, hay que gustar esa nada, porque es desde ahí que podemos construir nuestra santidad, o sea la construye Dios en nosotros.

Como decía San Francisco de Asís: la santidad no es un cumplido, una meta: “Yo soy santo”, ¡sí!, hay que buscar eso, pero en definitiva —dice él— es un vacío que se hace, que es nuestra nada, reconocer la nada, y ese vacío es el lugar donde Dios puede volver a crear, porque Dios crea de la nada, puede volver a recrear; es decir puede hacer de nosotros otros Cristos, hacer nuevas criaturas.

Detenernos ahí, son varios misterios, cada uno ve dónde se quiere detener más, viendo la Palabra de Dios con mucha libertad, pero buscando siempre el fruto que más veamos que nos hace falta: si la alegría, si la humildad.

⁶ amor fraternal, tierno afecto ente amigos cercanos.

⁷ BENEDICTO XVI, Audiencia General, *Pedro, el apóstol*, miércoles 24 de mayo de 2006.

También aquí en Pedro, por más que se pone triste porque el Señor acepta su pequeñez, (triste en el sentido que no puede más que eso) pero también la alegría de que lo estaba confirmando en su labor: ¡no se desdice el Señor de lo que le había pedido antes!, y eso también en el fondo tiene que haber dado mucha alegría, mucha paz al menos.

Pero junto con esto, no dejar de considerar esta otra verdad, y es lo que el Señor repite una y otra vez: «*Si me amas, apacienta mis ovejas*». Una y otra vez. ¿Cómo tiene entonces Pedro que manifestarle a Jesús su amor?: amando a sus ovejas, amando a su prójimo; pero en el caso de él puntualmente, como «ovejas», es decir, por ser el Vicario del Pastor Supremo, el primer Papa, y eso no lo dice el Señor sólo a Pedro, sólo a los Apóstoles, sólo a los sacerdotes, sólo a las monjas. No: **Todos tenemos que participar en esta tarea de ayudar a los demás a salvarse.**

Queremos manifestar entonces que estamos arrepentidos, que nuestro amor humilde por reconocer el pecado que hemos cometido es un amor justamente fervoroso, humilde pero fervoroso. ¿Cómo lo manifestamos?: buscando la salvación de las almas. Es la manera concreta, clara, segura de que amo al Señor, buscando que otros se salven.

PLAN DE VIDA – APOSTOLADO

Dice San Maximiliano Kolbe que donde más brilla la Gloria de Dios es en la salvación de las almas.

Por eso, dentro del plan de vida que hemos hecho —y que tenemos que tener presente después en lo sucesivo de los Ejercicios— tiene que estar sin duda esa parte del apostolado que cada uno tiene que hacer; un apostolado que puede ser, si no hay más tiempo que ese, en el diario vivir, dando testimonio de la fe, no callar que soy cristiano cuando toca. Y después, si me da el tiempo y las circunstancias, será alguna una cosa más, organizar en la Parroquia, aquí y allá, lo que Dios quiera para cada uno.

Pero no puede haber realmente un hombre o una mujer que busque la santidad de verdad, que ame a Cristo de verdad, ¡que no busque que esa Sangre que Él derramó por los pecadores se derrame realmente!, es decir, que se purifiquen los pecadores, que vuelvan a amarlo, que se arrepientan de sus pecados.

Es una buena manera entonces de analizar hasta qué punto estamos convertidos de verdad, hasta qué punto me ocupo de la salvación de los demás, repito, en las circunstancias de mi vida, etc.

Detenemos entonces, meternos en la historia una y otra vez, estar ahí. Necesitamos aprender tantas cosas de los misterios del Señor; necesitamos en los momentos de desolación, de miedo y demás, que a veces tanto daño nos hace, saber que Cristo está, que Cristo nos dice: «*La paz con vosotros*»; una y otra vez: «*Aquí estoy*». Necesitamos en definitiva reproducir en cuanto podamos los Misterios de la Vida de Cristo en nuestra vida. Y mientras con mayor verdad lo hagamos, mientras lo hagamos con mayor contemporaneidad, es que lo estamos haciendo mejor.

Estamos llegando al final de los Ejercicios, pero nuestra vida sigue; y por tanto, si queremos realmente ser santos, salvarnos, ayudar a otros, no termina nada: el Ejercicio es

un **comienzo**, de alguna manera es un comienzo, porque tengo el plan de vida, porque quiero poner esto que he visto de la Voluntad del Señor ¡lo quiero poner por obra!, ¡quiero servirlo de verdad!, quiero dar a conocer a los demás la alegría de ser cristiano, la alegría de la Resurrección. ¡Quiero vivir como resucitado!

Como dice San Pablo⁸: «*buscad los bienes de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra*». De eso se trata.

Tenemos que tener esa manera de vivir bien, bien aterrizada, porque estamos aquí y no somos de otro mundo en algún sentido, pero en otro sentido sí lo somos. No puedo vivir como si Cristo no hubiera muerto por mí, no puedo vivir ya en pecado, tengo que tener en mi alma esas prerrogativas, esas características que tenía el Cuerpo Resucitado de Jesús, que podía pasar las paredes, que tenía cierta luminosidad: no tenemos que apegarnos a nada, nada nos puede ser obstáculo en la vida para llegar al Cielo, tenemos que estar en gracia para dar esa luz a los demás.

Y mucho de esto —repito lo que decíamos varios minutos antes— mucho de esto no surge espontáneamente, sí puede venir en un momento por una consolación, ¡Bendito Dios, ojalá sea siempre así!, pero muchas veces es una decisión, porque es un acto de fe, de libertad y de fe.

Como decía y repetía San Alberto Hurtado: «Contento, Señor, contento»; y sonreía siempre. Muchas veces, decía él, que ese «Contento, Señor, contento», es una súplica porque le costaba, porque tenía problemas, claro que sí. Por tanto entonces también nuestra súplica, la súplica de pedirle al Señor que nos mantenga contentos, decidir: «Quiero dar felicidad a los demás, quiero mostrar alegría a pesar de esta cruz».

Incluso apuntar —¡por qué no!— a llegar a lo de los santos. ¿Dónde llegaron?

Santa Teresa de Calcuta, hija espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús, que la imitaba, decía que ellas querían mostrar tal alegría en su vida que hasta querían esconder la tristeza incluso a Jesús; si pudieran, lo trataban de hacer: ni entristecerlo a Jesús con su tristeza.

Por supuesto no tiene nada de malo que una persona le diga a otra que se siente mal, que está triste, no hay ningún problema con eso; pero tiene que ser con la caridad de por medio, a tal persona, en tal momento. Muchas veces hay que guardar la tristeza para no darle más que alegría a los demás, y dejar esa tristeza para el Señor justamente, buscar en Él nuestro consuelo; pero ella ya estaba en un grado de santidad que ni siquiera eso, al Señor sólo la alegría para consolarlo más todavía. Apuntemos a eso, pero mientras tanto nosotros, que no somos santos todavía, aunque queremos, eso veámoslo con el Señor nuestra tristeza, y pidámosle la fuerza para vivir realmente la alegría de la Resurrección, en la fe vivir esa alegría de que Jesús nos ha salvado, de que nos ama, de que ha resucitado, y también pedirle mucho a María Santísima, nuestra Madre, exactamente lo mismo.

Por eso el *Regina Coeli* se reza en el lugar del *Angelus* durante la Pascua, porque Ella se alegró, le costó, como le contó a Santa Brígida, le costó a Ella que Jesús le diera la alegría, porque Ella estaba muy triste, tristísima. Nosotros lamentablemente, como no nos

⁸ Col 3, 1-2.

entristecemos tanto con Jesús en el Viernes Santo, no nos cuesta tanto alegrarnos, porque vivimos con menos realismo, no somos santos; pero la Virgen Santísima estaba tristísima, por eso, aunque se la pareció Jesús primero a Ella, le costó que la pudiera alegrar, pero finalmente se alegró obviamente, como Jesús les había dicho a los Apóstoles: «Estaréis tristes, después os alegréis, y esa alegría nadie os la podrá quitar»⁹.

Con esa fe entonces, con esa esperanza, la esperanza del Cielo nos traerá alegría y es parte de la Resurrección, «*que la esperanza os tenga alegres*» (**Rm 12, 12**): pase lo que pase espero en el Cielo, ¡esto va a pasar! ¿qué problema hay tan grande?, no hay mal que dure cien años.

En definitiva, lo importante es que algún día estaré cara a cara con el Señor, tengo que estar en gracia de Dios, y después ¡que vengan degollando!...

Queridos hermanos a meditar, a contemplar ¡vamos que se puede! Todavía no termina esto, ponerle mucha garra con la gracia de Dios que queremos alcanzar todos los frutos, queremos alegrarnos intensamente con tanta gloria, con tanta alegría; y como decíamos antes del deporte, en el Seminario (antes de jugar al básquet, al fútbol, lo que sea) decíamos un Ave María y la jaculatoria era, con la cual vamos a terminar: «María, causa de nuestra alegría, ruega por nosotros».

Amén.

⁹ Cf. Jn 16, 22.